III.

La isla de Molokay, escogida por el gobierno hawayano para refugio de los leprosos, parece haber sido destinada por la naturaleza, para servir de mansión á las criaturas más felices de este mundo. Dulce es su ambiente, puro su cielo, y sus campos osténtanse engalanados con la admirable y lujuriosa vejetación de los trópicos. Por la parte septentrional, en lo alto de un promontorio que baña el Oceano Pacífico, extiéndese vasta y ame-

na llanura, separada del resto de la isla por altas rocas tajadas á pico, que visten brillante ropaje de plantas trepadoras. Esta barrera es tan infranqueable para los habitantes de la llanura, como el mar que por la otra parte la limita. En ese espacio separado del resto del mundo, y repartidos en las aldeas Kalawao y Kalapaupa, hallábanse los leprosos que el P. Damián vino á visitar en 1873 por primera vez.

El gobierno hawayano hacíalos buscar y desterrábalos á viva fuerza, obedeciendo en esto á una necesidad de interés general, á que ningun gobierno puede sustraerse. Una parienta próxima de la reina de las islas, vióse atacada por la terrible enfermedad, y con todo y su parentesco regio, fué trasportada á Molokay como los otros, y condenada á su-

frir el horror de la suerte común. Hasta la llegada del P. Damián, la insuficiencia de los recursos religiosos y la negligencia de los agentes gubernamentales, permitían á aquellos desgraciados entregarse á cuanto podía acrecentar el mal espantoso que los devoraba, y apresurar su acción destructora: el vicio y la embriaguez. Asómbrase la misma fantasía ante la descripción de aquel sitio poblado de seres condenados á sufrir sin descanso, á morir en plazo breve; y cuyas almas, tan enfermas como los cuerpos, parecian haber abandonado todas las esperanzas del cielo, á la vez que habian perdido todas las de la tierra.

No sería justo, no obstante, atribuir las medidas rigorosas de que acabamos de hablar, á inhumanidad de los que las habían decretado. Son, por el contrario,

los habitantes de las islas Sandwich, según el relato de todos los viajeros, dulces, hospitalarios, buenos entre sí y para los extranjeros. Mas la extensión del mal terrible, contra el que no sirven de nada ni la salubridad del clima, ni la belleza de los campos, es uno de aquellos peligros que todo gobierno debe combatir por cuantos medios estén á su alcance. Más de un viajero inglés se ha mostrado pesaroso por no ver generalmente usado en las Indias, el remedio que los hawayanos han adoptado para atajar el mal en su territorio: la segregación. Aflige la lepra á muchas comarcas índicas, de una manera no menos funesta que á las islas Sandwich, y es menos eficazmente combatida. Veremos en seguida, por otra parte, que el gobierno hawayano prestóse á poner en práctica todo lo que la caridad y la inteligencia del P. Damián le sugirieron, para procurar el alivio de los desdichados cuya suerte había abrazado, y en medio de los cuales, por un milagro tan grande como lo hubiera sido el de devolverles la salud, iba á restablecer el orden, la paz, la virtud y el contento.

Los leprosos trasportados á la isla de Molokay cuando llegó el apóstol, eran en número de 800 à 1000. La mitad de ellos, poco más ó menos, eran católicos. Era la mortalidad de diez á doce por semana en la isla; pero renovábase sin cesar el número de los enfermos, y aumentaba á las veces por frecuentes desembarques de leprosos trasportados de todas las islas. Veíanse, á la llegada de las embarcaciones, escenas desgarradoras entre los residentes de la isla y los recien

venidos. Buscaban aquellos con ahinco, entre los nuevos huéspedes, á algunos de los seres amados de quienes los había separado el destino: ¡tal vez la misma enfermedad los llevaba para asociarlos nuevamente á su vida, en una triste sociedad, que era la común desgracia! "Semejaba en esta época la isla, decía más tarde el P. Damián, un *cementerio vivo.*" Eran insuficientes en ella y mal sanas las habitaciones, escasa la instrucción religiosa, que no daba ningún fruto, y la misma risueña naturaleza que los rodeaba, había proporcionado á los enfermos una planta llamada *Ki* (su nombre botánico es *dracæna terminabilis*), con la que habían conseguido fabricar un licor, que bebían con avidez, y que agregaba á su mal incurable, una embriaguez parecida á la locura, á cuyo influjo se entregaban á los

más espantosos excesos. Servíales de código un axiona terrible, formulado en cinco palabras del dialecto hawayano: *Aole kanawai ma keia wahi:* (aquí no hay leyes), y el mal moral que encontró reinante el pobre P. Damián, contristó su alma pura y piadosa, mucho más que la enfermedad cuyo contacto desafiaba, y cuyos efectos se revelaban ante él por primera vez en todo su espanto.

Había, no obstante, en este espectáculo motivo suficiente para hacer vacilar cualquier resolución por enérgica que fuese. Todo el que habitase la isla, podía estar cierto de que tarde ó temprano debía ser herido por el contagio.

Pero el sencillo valor del P. Damián, era de aquellos que ningún peligro humano puede debilitar.

Dirémos algunas palabras acerca de esa enfermedad.

Bosquejaremos á grandes rasgos el azote misterioso y terrible que hiere á la raza humana desde tiempos tan remotos, que parece haber entrado en el mundo al mismo tiempo que el pecado, al cual se le compara. La frase, la *lepra del pecado*, ha venido á ser vulgar á fuerza de ser repetida; mas la razón de ser de este símil, hácese palpable, cuando se estudian los efectos de ese mal, y la viva y terrible imagen que nos presenta, de la deformación que el pecado hace sufrir al alma inmortal.

Esa dolencia extraña y terrible no se muestra siempre desde luego en toda su fealdad; cambia de forma, según aquellos á quienes ataca. Comienza en algunos por alterar los rasgos de la fisonomía, defor-

mándolos y abultándolos desmesuradamente, hasta que acaba por quitarles poco á poco, toda semejanza con las facciones humanas. En otros aparece en forma de llagas asquerosas en rostro y manos, que á fuerza de hacerse profundas, acaban por devorar y consumir á sus víctimas, no atacando los centros vitales, sino cuando el cuerpo está convertido en cadáver ambulante, y cuando la corrupción del sepulcro le ha invadido por completo.

Estos ligeros lineamientos no dan sino débil idea de la exactitud de la comparación que acabo de recordar; pero bastan para que se forme algún concepto del aspecto de la población en cuyo seno fué á albergarse el P. Damián, con el decidido propósito de no salir nunca de ella.

Hemos dicho que á su llegada á la is-

la, era el mal moral tan grande y general como el físico. Consagróse el apóstol á remediar aquel antes de todo. La índole dulce y buena de los míseros hawayanos, manifestóse bien pronto en su explícito reconocimiento hácia aquel que venía entre ellos á ser uno de ellos. Fueron escuchadas sus exhortaciones y produjeron fruto bien pronto. Hízoles renunciar al funesto brevaje que turbaba su razón y agravaba la intensidad de sus males; y en tanto que, por otra parte, no omitía esfuerzo para introducir en la isla mejoras materiales que dulcificasen su suerte, hacíales abrazar hábitos de trabajo, de orden y de obediencia. Así fué como bien pronto llegaron à ser capaces de trabajar por sí mismos, en su propia regeneración. Mezclaba el P. Damián á su sencillez y caridad heroica, un espíritu firme y práctico, una actividad sin límites, y una indomable energía. Para llevar á cabo la obra emprendida, necesitaba habitaciones sanas y espaciosas, y agua en abundancia, que no había en las poblaciones. Descubrió pronto en la isla ricos manantiales, y los utilizó por medio de un inteligente trabajo. Y puso como corona de su obra, la construcción de dos iglesias.

En tanto que formaba y tomaban cuerpo sus proyectos, dormía el P. Damián bajo las ramas de un árbol (un *Pandanus*), su único abrigo durante los primeros días pasados en Molokay; árbol amigo, que cubre ahora con su sombra la tumba donde duerme el sueño eterno.

No fué lento el gobierno hawayano en secundar tan benéficos esfuerzos. Generosa había sido siempre la subvención ofi-

cial concedida á los miembros pobres de la desgraciada colonia, y aceptóse desde luego, todo lo que propuso el P. Damián para utilizarla y desarrollarla. Y no se limitaba ciertamente el apóstol á concebir y ordenar la ejecución de las obras; sino que con harta frecuencia ejecutábalas él mismo con hábil y robusta mano. Así fué como en breve tiempo, cambió todo de aspecto en la isla, aun antes de que nuevos é imprevistos recursos llegasen á alentar los piadosos propósitos del sacerdote. Ya que la enfermedad fuese incurable, detuvo al menos su rápida marcha la solicitud del misionero, y suavizó sus efectos más desastrosos con sus manos benditas. Siempre al lado de los que sufrían, ayudábales á soportar los dolores, fortificándolos con las esperanzas de la fé, que atizaba en sus almas. Más de

dos mil desgraciados exhortó y consoló de esta manera durante su apostolado.

No contento con esto, procuraba, por cuantos medios estaban á su alcance, alegrar la *vida moribunda* de aquellos infelices; y sabía con tanto arte endulzar sus tritezas, que se oyó decir á varios de ellos alguna vez, que *si pudieran sanar á condición de dejar á Molokay, mejor querrían no sanar nunca*; y asimismo, repetía el P. Damián, por su parte, que *era dichoso, y que ninguna consideración humana lograría hacerle separarse de ellos.*

¡Confesemos que son estos milagros de amor, verdaderos milagros, irrecusables y patentes, que pueden arrebatar el alma tanto como las revelaciones místicas más elevadas!

IV.

Durante esta fase del apostolado del P. Damián en 1881, un viajero americano católico, M. Carlos Warren Stoddart, fué á visitar la isla de Molokay acompado de sus amigos. Trascribimos en seguida algunos pasajes del relato de su expedición, que fueron publicados en la *Ave María*, revista católica de Indiana, al regreso de su viaje.

. . . . . .

«A la orilla del camino y á la extre-

midad de la aldea que separa éste del mar, hállase una pequeña capilla. La cruz que la corona, y la que se levanta de en medio del cementerio, indican que los pobres habitantes de la isla no están abandonados en su infortunio. La verja del cementerio que se atraviesa para llegar á la iglesia, fué abierta por una alegre bandada de niños, que nos dieron la bienvenida quitándose el sombrero. Solo entónces pude apercibirme de que todas aquellas caritas estaban desfiguradas por llagas y grandes cicatrices; y muchos piés y manos deformes y ensangrentados. En una palabra, todos aquellos inocentes eran leprosos, así como lo eran los habitantes que nos saludaron cuando llegamos á la aldea.

"Salvo raras excepciones, habitan todos las dos aldeas situadas á la orilla del mar, al pié de las rocas.

"Como es raro en Kalawao ver extranjeros, rodeónos un grupo de insulares que nos veían con curiosidad, aunque sin aproximársenos demasiado, y apartándose para dejarnos pasar. A medida que aumentaba su número, y que nuevos rostros se ofrecían á nuestra vista, parecíanos cada uno de ellos más horrible que el precedente, hasta tal punto, que llegamos á creer fuese imposible corrupción más grande que la que contemplábamos, en seres vivientes todavía, y que la carne humana sufriese mayor oprobio antes de llegar á la tumba.

"Avanzamos rodeados, más no oprimidos, por el grupo, que dejaba un grande y voluntario espacio entre él y nosotros. Llegábamos ya á la capilla, cuando se

abrió la puerta, y apareció en lo alto de la gradería, un padre joven, que venía á darnos la bienvenida. Traía una sotana raída. Notábanse un tanto desordenados sus cabellos y atezadas sus manos por el trabajo; mas brillaban en su rostro la juventud, la salud, y una expresión llena de energía, así como de dulzura, que animaba sus facciones. Su alegre risa, y la acogida sencilla y cordial que nos dispensó, nos revelaron en él al hombre fuerte, capaz de emprender y cumplir las cosas más difíciles. Era aquel, sin duda alguna, el misionero que se había impuesto el más duro y noble de todos los deberes; era el P. Damián, el desterrado voluntario, y, en medio de ese pueblo de leprosos, el único que estuviese exento de la lepra."

Introdujo el P. Damián á sus huéspe-

des en su humilde habitación, y ofrecióles sencillos alimentos. Preparábalos él mismo, ó por medio de un sirviente indígena, que no era leproso. Salvo esta precaución, tomada, no tanto en su propio interés, cuanto en el de los huéspedes que le visitaban, vivia el P. Damián en contacto incesante con los leprosos, para quienes nunca estaba cerrada su puerta; de suerte que siempre le rodeaban, aun en el interior de su casa. Precisa notar esta circunstancia, para comprender la causa por qué había llegado á ser tan incontrastable su influjo entre aquellos insulares, y para conocer los medios de que se valió para trasformar en familia de hijos sumisos, aquella turba de desesperados, que encontrara al llegar á Molokay. Hé aquí por qué gustaba de

repetir con frecuencia: *Me compadecen, pero soy el más feliz de los misioneros.*

M. Stoddart y su compañero de viaje no aceptaron la comida que se les ofrecía. Habían llevado una cesta con provisiones, é invitaron á su vez al P. Damián para que comiese con ellos. Aceptólo sencillamente; pero queriendo ofrecerles en recompensa, una de sus más hermosas aves, apeló á un procedimiento completamente inusitado, digno de San Francisco de Asís, para cazarla.

"Salió, dice M. Stoddart, con la mano llena de grano, que derramó á su derredor, gritando á la vez con acento particular, al que parecieron responder todas las aves del cielo. Vinieron ellas de todas partes á posarse en sus hombros, brazos, manos y cabeza, y vióse rodeado muy pronto de pájaros que hubieran sido el

más hermoso ornamento de la más pintoresca pajarera..... Estaba orgulloso de ellos; amábalos y cuidaba de alimentarlos. Eran su recreación y su placer; para llenar, no obstante, los deberes de la hospitalidad, nos sacrificó dos de ellos.... Despidióse de nosotros en seguida con benévolas palabras de bendición."

Hallamos en la misma relación, algunos detalles que permiten apreciar el celo y la actividad de la vida del misionero.

"Los domingos y días de fiesta, había misa cantada en Kalawao. Pasada la misa, dirigíase á Kalapaupa el P. Damián, para celebrar allí también el oficio divino. Regresaba después del medio día á Kalawao, para estar presente á las vísperas, la bendición y el catecismo; y volvía

por segunda vez á Kalapaupa para repetir los mismos ejercicios religiosos. A su regreso, casi de noche, era cuando tenía tiempo para arreglar su habitación y preparar la cena.....

"Era médico de los cuerpos tanto como de las almas, y al mismo tiempo magistrado, maestro de escuela, carpintero, pintor, jardinero y aun sepulturero con harta frecuencia. Sabía desempeñar todos los oficios, y no retrocedía ante nada de lo que podía ser útil á aquellos á quienes se había consagrado....."

Tal era el P. Damián en la época en que luchaba victoriosamente todavía contra el mal que había aceptado anticipadamente, y del que iba á sufrir muy pronto las primeras acometidas; tal siguió siendo cuando la terrible enfermedad hizo en él su presa; y le encontrarémos

siempre el mismo, hasta los últimos días de su martirio.

Hé aquí, según el testigo que acabamos de citar, el conmovedor relato de la misa á que asistió en Kalawao:

"Parecíame, dice el viajero, que tal misa debía celebrarse en el tono de las de *Requiem*, porque miraba como condenados á morir de muerte espantosa á todos los asistentes, y la mayor parte de ellos parecianme estar ya medio tragados por la tumba. Hízome seña el P. Damián de que me colocase en una tribunita construida al lado izquierdo del altar. Encontrábase allí una sola silla rodeada de una verja, cuya puerta no tocaba nunca ningún leproso. Abríla y me encontré cerca del oficiante y frente al pueblo que llenaba la Iglesia. Todos ellos, desde los monaguillos respetuosos y bien